

MIS AMORES

POEMA

POR

DOMINGO D. MARTINTO



BUENOS AIRES

Imprenta y Fundicion de Tipos de LA REPÚBLICA Belgrano 189

1883

A su amigo

Francisco Loto y Calvo

Su apmo

D. G. Martínez

MIS AMORES



MIS AMORES

A MI AMIGO EL POETA CALISTO OYUELA

I

¿Cuál es el corazón que no ha sentido,
Una vez por lo ménos en su vida,
Redoblar su latido
Al dulce arrullo de una voz querida?
Desde Eva, la inocente pecadora,
Hasta Ninon, la alegre cortesana,
La belleza inmortal, como una aurora,
Ilumina y colora
Con sus destellos la existencia humana.
Desgraciado de aquel que huyendo de ella,
Se entregue á la merced de la fortuna!

Nunca en su Oriente encontrará la estrella
Que lo guie á la cuna
Donde reposa su ilusion amada,
Y como Segismundo,
Al fin de su jornada
Verá que el bien mayor que encierra el mundo
Es muy pequeño, y muchas veces, nada!

En cuanto á mí, no creo que hay remedio
De mas rápida cura
Para las horas de angustioso tédio
Que el viño y la hermosura;
Y por estas razones
Amé, lector, en este mundo tanto,
Que Dios me hará, sin otras condiciones,
Como á Maria Magdalena; un santo.

II

Lidia era rubia, pálida y hermosa,
De azules, claros y profundos ojos,
De sonrisa apacible y cariñosa
Y de lábios mas rojos
Que una flor de seibo, salpicada

Por las lágrimas puras
Que, semejante á todas las criaturas,
Vierte al nacer la tímida alborada.

No sé qué irresistible simpatía
Despertaba en nosotros al momento
Su rostro alegre como un bello día,
Pero al rumor de su tranquilo acento,
Mas apurado el corazón latía!

La ví y la amé. Como las nuevas flores
Al sol de Primavera,
A la luz inmortal de los amores
Se abrió al instante mi existencia entera;
Y á veces, sumergido
En pensamientos, por demás extraños,
Preguntábame á solas, sorprendido,
Cómo había vivido
Sin ella, veinte de mis buenos años.

La amé, y de entónces en mi pobre vida
No hubo lugar bastante
Para encerrar esa pasión querida,
Y como el ave por el plomo herida,
Caf á sus plantas, trémulo y jadeante

III

¡Oh, amor, amor! ¡Ensueño de Julieta!
¡Locura misteriosa
Que encendias el alma del poeta
Al revelarnos su pasion grandiosa!
Todos hemos sentido
Tus breves goces y tus penas largas,
Y en tu copa, bebido
Hasta tus heces, como el mar, amargas!
Mas, con todo esto, el hombre, fatigado
De la lucha sin fin de la existencia,
Arroja, como Fausto, de su lado
El triste libro de la inútil ciencia,
Pues sabe, ¡oh, Margarita!
Que toda su experiencia
No vale el beso que en tu boca habita.

IV

Lidia me amó tambien, y aunque un instante
Pudo ocultarme el comprimido fuego
De su pasion gigante,
Pronto atendió mi cariñoso ruego;

Y al ver un día que luchaba en vano,
Con el arte infantil de las mujeres,
Tendiéndome la mano,
Me dijo, llena de rubor: « me quieres? »
¡ Cuántos instantes bellos
Vimos de entónces resbalar en calma!
¡ Y cuántas veces, como dos destellos
Que juntos parten de la blanca luna,
Mi alma con su alma
Se confundió para fundirse en una!

Siempre amantes y unidos,
Al pié del tronco del ombú paterno,
Pasábamos las tardes sumergidos
En un coloquio inacabable, eterno;
Y cuando el sol en el profundo ocaso
Lentamente se hundía,
Mientras la sombra, con tranquilo paso,
Su negro y triste pabellon tendía,
Ella exclamaba, en su ternura santa,
Los grandes ojos levantando al cielo,
Como la vírgen que en el *Lago* canta:
¡ « Propicias horas, detened el vuelo! »
Y entónces, como un loco
Yo á sus piés me arrojaba,

Y cual si fuera mi cariño poco,
Sobre las ondas del cabello espeso
Que en su frente jugaba,
En el mas puro beso
Toda mi vida, con mi amor, dejaba!

V

¡Vanitas, vanitatum!... Mis amores
Al año ya, sufrieron el destino
De las hojas, las brisas y las flores,
Y como tantas ilusiones bellas,
Tan solo en mi camino
Dejaron ¡ay! imperceptibles huellas!

Mas, no juzgueis ligeramente ¡Oh, hermosas!
Estos cambios ajenos
A nuestra pobre voluntad: las cosas
Mejores, duran en el mundo ménos!
Y si acaso hay alguna
A quien la voz de mi franqueza enoje,
Que la piedra me arroje
¡Seguro estoy que no lo hará ninguna!

Lidia luchó, luchó desesperada
Contra la honda y fatal indiferencia

Que, de súbito, un día, semejante
A una ráfaga helada,
Cruzó por mi existencia
Y mi cariño marchitó al instante.
Ni las quejas ni el llanto
Mover pudieron mi insensible pecho,
Para siempre deshecho
De nuestro amor el fugitivo encanto,
Y si partir quería
De su profunda soledad la peñá,
El rostro seductor de una morena
Allá en el fondo de mi ser reía!

VI

Mi morocha, al cruzar la muchedumbre
Que la llamaba un ángel por muy bella,
Era la fiel imágen de esa estrella
Que nunca dá calor por mas que alumbre;
Y al amar nuevamente,
Yo hallé en mi amor, que maldiciendo sigo,
El terrible castigo
in De mi/constancia y mi desden hiriente.
Jamás un dulce acento
De sus lábios hermosos desprendido,

Llegó á infundir á mi pasion aliento,
Y en su lista sin cuento,
Sólo mi nombre relegó al olvido!
Don Juan de las mujeres,
Todo el mundo á su amor encadenaba,
¡Y á mí me desdeñaba
Como al mas vil de los humanos séres!

¡Ah! si es triste, lector, el que uno quiera
A la misma muger que lo ha engañado,
Es aún mas triste el verse despreciado,
Cual si uno indigno del engaño fuera;
Y en ocasiones tales,
Si uno con calma el resultado mira,
Vale mas la mentira
De una ilusion que las verdades reales!

Ni un instante sereno
En esos dias tuvo mi existencia,
Y al querer olvidarla, la demencia
De mi pasion, hasta á despecho mio,
Me arrastraba á su seno
Como á la imágen de la nube, el rio.

Ah! qué luchas horribles! Mi memoria,
Por vez primera, entónces en el mundo

De Lidia recordó la triste historia,
Y al fin, compadecido
De su ternura y su dolor profundo,
Juré volver á reparar mi olvido!

VII

Volví, mas su casita
Que cual blanca paloma
Que en su nido recóndito, dormita,
Detrás de un bosque de álamos asoma,
Cuando llegué, ostentaba
Un aire de alegría tan extraño,
Que mi razon turbaba
Como el presagio de algun nuevo engaño!

Vacilé unos momentos,
Luego llamé, y á la sirvienta vieja
Que incomodada apareció á la reja,
Lleno de miramientos,
Dije con voz que se acercaba á queja:
«Veis: el pródigo amante
Vuelve otra vez á la paterna casa.»
Mas la crüel me contestó al instante:

«Pues, hoy Lidia se casa
Con don Antonio, su primer galante.»

¡Qué horrible sacudida
Fué para mí declaracion tan brusca !
¡Para aguantar caida
Como esa, el hombre inútilmente busca
Todas las fuerzas que le dá la vida !

Yo, leyendo el Fedon, como el Romano,
Medité en el suicidio,
Luego soñé en hacerme Franciscano
Y llevar al convento mi fastidio ;
Pero esa noche misma,
Cuando probaba que era
El amor de los hombres un sofisma,
Me vine á enamorar de una tercera !



